



VIII.

PRELIMINARES DE LA LIGA.

1570.

Uluch-Alí se apodera de Túnez.—Ataca á la Goleta sin éxito.—La socorre el Virrey de Sicilia.—Combate y apresa tres galeras de la religión de Malta.—Juicio de los vencidos.—Guerra de Chipre.—Pide auxilio la República de Venecia.—Interviene el papa Pío V en su favor.—Acuerda el Rey de España el envío de cincuenta galeras.—Van al mando de Juan Andrea Doria.—Unense con las de la Santa Sede y Venecia.—Desavenencia entre los generales.—Gastan el tiempo inútilmente.—Se separan dando por acabada la campaña.—Venida de la reina D.^a Ana de Austria.



MIENTRAS nuestras galeras cruzaban sobre los cabos y ansas de la costa de Granada, cierto número de las argelinas se corrió á las islas Canarias, cayendo de improviso en la de Lanzarote, donde hicieron mucho daño á la gente por el propósito de proveer con ella de remeros esclavos á su armada. Uluch-Alí, según queda indicado, la venía disponiendo contra Túnez, de acuerdo con los súbditos de Hamida, mudables y sobornados, y no bien desembarcó con unos 6.000 turcos, acudiendo los alárabes con caballería, como en cambio de decoración teatral, se entró en la ciudad tras un simulacro de batalla en que no corrió la sangre.

Desde allí tomó el pulso al fuerte de la Goleta, cercándolo la masa de sus allegadizos, é inició ataque de barcas por la dársena ó *Estaño* que llamaban, con muy distinto re-



sultado. D. Alonso Pimentel, alcaide, le hizo volver apresuradamente á Túnez, quemándole las embarcaciones.

El Virrey de Sicilia, marqués de Pescara, sucesor de don García de Toledo, por lo que pudiera ocurrir envió al fuerte un convoy de viveres escoltado por las galeras de Malta, con lo que se acabaron de desvanecer en el argelino las esperanzas de hacer más fructuosa su campaña. Se contentó por entonces con asegurar la conquista, dejando en la plaza virrey y guarnición de confianza antes de cumplir la orden de Selím II de acudir con su flota á Levante.

Íbanse reuniendo en tanto las escuadras de galeras de Nápoles, Sicilia y Génova bajo la insignia de Juan Andrea Doria, cumplida la oferta que el Rey le hizo, al salvar á Mazalquivir, de que volvería á mandar en jefe armadas en los mares de Italia. Contando con cincuenta vasos excelentes persiguió á la fortuna; es decir, á las naves de Argel, inferiores en fuerza, buscándolas inútilmente en los Gelves, en Trípoli, en todo el golfo. Dicese que las tuvo por un momento cerca, y que ocultó las suyas tras la isla del Zimbano, dejando en alta mar á las capitanas de D. Alvaro de Bazán y D. Juan de Cardona, una hacia Poniente, la otra á Mediodía para servir de señuelo atrayendo al corsario, que en efecto, se aproximó á reconocerlas, pero sin caer en la celada, antes bien, olfateándola, se alargó á toda vela ¹. Doria hizo entonces rumbo á la Goleta con objeto de reforzar la guarnición del fuerte.

En la mar se buscan las escuadras muchas veces sin que los cálculos de probabilidad conduzcan al encuentro, realizado por el azar cuando menos se piensa. Doria no logró arrimarse á las galeotas de Uluch-Ali, y con ellas tropezaron, por su mal, las galeras de Malta antes mencionadas cuando se volvían á su puerto.

Eran cuatro: mandábalas el general D. Francisco de San Clemente, dignidad de la lengua de Aragón, elegido para

(1) Don Cayetano Rosell, *Historia del combate naval de Lepanto*, obra premiada por la Academia de la Historia, Madrid, 1853.



este cargo. La patrona, nombrada *Santa María de la Victoria*, regía el caballero Próspero Pignone, italiano; la *San Juan*, Pierre de Montauban Voguedemar, de la lengua de Provenza, y la *Santa Ana*, D. Jerónimo de Foces, de la de Aragón. Salieron del puerto de Alicata en Sicilia en la noche del 14 de julio de 1570, costeando el golfo de Terranova hasta cabo Scalambri, desde el que hicieron rumbo directo al Sur, pensando andar brevemente las 50 millas que por allí separan las dos islas, sin error, pues que al amanecer descubrieron el cabo San Dimitri de Gozzo; pero al mismo tiempo, entre la rumazón del horizonte se destacaron bultos esparcidos en la mar por la dirección de las proas, que con la luz del alba fueron tomando cuerpo y figura de galeotas berberiscas al paio. Contáronse 20, algunas á distancia de tiro de arcabuz.

Perturbado el general San Clemente por la sorpresa, sin dar orden ni aviso á las otras galeras ciñó el viento con todas las velas, separándose antes que pudieran comprender el movimiento y la causa; precipitación funesta, porque unidas y en orden las cuatro, ya que la reputación de la bandera de Malta no las preservara del ataque de fuerza tan superior, que bien pudiera suceder, hicieran la defensa que á la reputación misma importaba, al paso que, comunicado el pánico del jefe y obedeciendo á las primeras impresiones, siguió á la capitana la *San Juan* en dirección del puerto de Alicata, de donde habían salido, mientras la patrona y la *Santa Ana* amollaron en popa hacia el canal.

Dragut dividió al punto su flota en dos grupos; no menos sorprendido del encuentro que los caballeros de San Juan, comprendió la ventaja de su situación por las indicaciones de la fuga desordenada. El general San Clemente había picado la amarra de una fragata que llevaba á remolque, abandonandola; iba arrojando al agua paveses, gallineros, esquife, cuanto le estorbaba para aligerar el vaso, y lo propio hacían sus compañeros, ofreciendo pruebas del temor de que todos estaban poseídos. Con doce galeotas emprendió el corsario la caza de la capitana, destacando las otras ocho en pos de



la patrona, y todas ellas fuéronse quedando atrás mientras el viento se mantuvo fresco; mas á las diez de la mañana, que empezó á aflojar, ganaron camino, por ser las galeotas embarcaciones mucho más livianas; poco después rodearon á la galera *San Juan*, cuyo capitán, Voguedemar, se rindió sin hacer resistencia. La capitana continuaba marchando delantera: sin el aturdimiento de su gente, hubiera podido refugiarse bajo el castillo de Alicata, que rebasó, y entrar luego de popa en la fumara de Montechiaro, haciendo uso de los cañones de proa en refuerzo de los de la torre de la entrada. Intentándolo, con la gritería y desmoralización que reinaba, se escurrió el cable, yendo la galera de través á la playa. El general, sin perder minuto saltó en tierra, haciendo llevar á sus criados el dinero y vajilla; no se cuidó de otra cosa, ni del estandarte siquiera, que dejaba arbolado. Cayera en manos de Uluch-Ali trofeo de tanta estima á no reparar la vergüenza de San Clemente un joven oficial de mar, Miguel Calli, que arriándolo, y abriéndose paso con la espada entre los galeotes desherrados, lo salvó, tirándose con él al agua.

Llegaron en esto las dos galeotas más avanzadas, á tiempo todavía de matar algunos de los fugitivos ó de cautivarlos, y, por supuesto, de poner á flote y marinar á la galera, buen bajel, en que Uluch-Ali puso su insignia de mando.

Pasados los efectos del vértigo, sintió el General los horrores de la situación en que conservaba la libertad, ó acaso la vida, á costa de la honra, llevándole la desesperación á un extremo de que le apartaron los cuidados y consuelos de sus compañeros de infortunio. En Alicata supo lo ocurrido á las otras galeras de esta suerte:

Navegando juntas la *Victoria* y *Santa Ana*, como observaran que iban quedando espaciadas las galeotas que las seguían, acordaron los capitanes arriar súbitamente las velas, y, al modo del combate de los Curacios, agobiar entre las dos, una á una, á las argelinas. Al verificarlo precipitadamente, se enredó la vela bastarda de la *Santa Ana* con la gata, haciendo fallar tan buen pensamiento, pues durante el tiempo perdido en la maniobra de aclarar llegó á embestir por la



popa la primera galeota, y á entorpecer lo suficiente para que las otras la alcanzaran. Lo que con esto se consiguió fué que, entretenidas en grupo, dejaran libre á la patrona, única que se salvó, entrando en el puerto de Malta.

Solitaria la *Santa Ana*, entre siete que la aferraron por todos lados, hizo prodigios durante cuatro horas; no es por tanto aventurada la creencia de que, habiéndola imitado y combatido juntas y en orden las cuatro, quizá no tuviera la Orden que lamentar tamaña desdicha.

Los muertos ó cautivos fueron siete caballeros de la lengua de Aragón, contado el comandante D. Jerónimo de Foces; cinco de la de Castilla, entre ellos D. Diego Brochero, lumbrera de nuestra marina andando el tiempo; 23 franceses, 26 italianos, un polaco, dos alemanes ¹; 62 en total. Murieron 20, saliendo gravemente heridos todos los demás.

Con información del suceso, juzgó el Consejo de la Orden á los combatientes, ordenando desde luego la prisión preventiva del general San Clemente, del piloto de la capitana, Orlando, y del cómitre Scarmuri; los dos últimos fueron en pocos días sentenciados, y sufrieron la pena de horca. San Clemente huyó disfrazado á Roma donde, por honra de la nación, le amparó el Embajador de España, intercediendo con el Santo Padre. Pasado algún tiempo, y obtenida oferta del Consejo de recordar servicios anteriores, salió de Roma con salvoconducto, esperando rehabilitarse: no hacía cuenta de la plebe, que quiso despedazarlo en el momento en que puso el pie en la isla; para sustraerle á su ira fué preciso encerrarlo en el castillo de Sant Angelo y abrir de nuevo el proceso, cuyo resultado bajo aquella presión no podía ser dudoso. El 22 de Septiembre, entregado al brazo secular previa degradación, sufrió cristianamente la sentencia que pareciera justificada sin las debilidades á que obedeció. Algo atenuaron el suplicio los del Consejo librándole de la vergüenza

¹ Bosio, historiador de la Orden de San Juan, consignó los nombres de todos, y los ha honrado, reproduciéndolos, el almirante Jurien de la Gravière.



pública; se le estranguló en la prisión, arrojando el cuerpo á la mar dentro de un saco lastrado.

¡Ay de los vencidos!

Empezaba á descubrirse, porque desde el año 66 no había parecido en los mares de Occidente la armada otomana, desatendiendo el llamamiento incitante de los moriscos granadinos. Selím *el Ebrío*, por camino más derecho que su padre, quería arrancar, una á una, las garras al león de San Marcos; arrojar á los cristianos, por principio, del fondo del Mediterráneo, y avanzar luego paso á paso á la dominación del mundo. Piali se había apoderado sin ruido de las islas de Chío y de Naxos; el golpe inmediato en Chipre tenía forzosamente que producirlo, siquiera le precediera el envío de Embajada á Venecia pidiendo buenamente lo que de cualquier modo pensaba tomar el Turco.

Conmoviéronse los senadores, acostumbrados á contemporizar con el vecino; á su respuesta altiva había seguido inmediata la declaración de guerra, burlando su previsión y su diplomacia. El hecho les desconcertaba estando desprevenidos; la isla descuidada; la flota á son de paz, sin estar todavía reparados los desperfectos que un incendio inexplicable causó en el arsenal, y enfrente armada amenazadora, á punto de hacerse á la mar, más fuerte que nunca. En Rodas una parte, situada á fin de impedir el envío de socorros; secuestradas en el Bósforo las naves de comercio; detenidas dos galeras de la República que, en la paz fiadas, se hallaban al ancla en los Dardanelos.

Ellos, los indiferentes á cuanto pudiera importar á las potencias europeas, aguijoneados del peligro, imploraron ahora de cada una auxilio presuroso, aunque bien supieran el que merecían y podrían esperar del Emperador, de Polonia, de las naciones del Norte, harto satisfechas con haber alejado de Hungría á los genízaros; de Isabel de Inglaterra, más enemiga del catolicismo que los mismos turcos; de la Regente de Francia, Catalina de Médicis, ligada con la anterior por tratado secreto para echar de Flandes á los españoles....., á todos solicitaron, sin embargo, y á Portugal y á Persia, y á



principes asiáticos; en el pedir no se quedaron cortos, mas en el dar sólo propicio hallaron al venerable anciano á quien la Iglesia da culto con el nombre de San Pío; al Papa V de esta denominación, fervoroso, entusiasta, generoso de sus recursos, elocuente voz predicadora de la unión contra el azote que amenazaba á la cristiandad, única capaz de llegar al corazón del Rey de España, y de hacerle olvidar enojos y miserias de los necesitados ¹.

La Señoría por sí ponía en pie de guerra, al empezar la primavera, 136 galeras, 11 galeazas, 14 naves, gallardo alarde de recursos, confiriendo el mando á Jerónimo Zanne con la cooperación de Antonio de Canale y de Jacobo Celsi, acreditados marineros; mas habían de verse con Piali y Lala Mustafá (otro que el anciano de Hungría y de Malta), que se hallaban en Negroponto con 300 velas bien equipadas y provistas, lo que no acontecía á las de Venecia, diezmadadas por el tifus ².

Pío V contribuyó con 12 galeras armadas á su costa con esplendidez, reservándose el derecho de designar el caudillo de las fuerzas coligadas, cargo delicadísimo que confirió á Marco Antonio Colonna, duque de Palliano y de Tagliacozza, caballero del Toisón de Oro, condestable del reino de Nápoles, entregándole el estandarte el 11 de Junio, fiesta de San

¹ «No se creía que el Rey católico hiciera liga con los venecianos, así porque ellos, como no acostumbrados á los grandes gastos de la guerra, y colgar todo su ser de los tráfigos y mercadurías de Levante, se mostraban muy contrapesados y cautelosos, sino, principalmente, porque temía el Rey que, cuan presto se vieran libres del presente trabajo, volverían, como tenían de costumbre, á la amistad turquesa..... La vana astucia de ellos, que siempre se estuvieron á la mira en los ajenos peligros y trabajos (esperando por ventura que con la amistad turquesca, si el río corriese de tiempos revueltos y turbados, no vendrían á menos sus límites, como de pescadores), era gran parte para que nadie se moviese á socorrerlos á ellos en los suyos.»

Marco Antonio Arroyo, *Relación del progreso de la Santa Liga*, copiado por Rosell.

² Contarani, *Historia delle cose successe dal principio de la guerra nostra da Selim ottomano a venetiani*. Venetia, 1572, compone la armada turca de 160 galeras, 60 galeotas, ocho mahonas, seis naves y 120 embarcaciones de toda especie: el ejército de 50.000 infantes, 3.000 gastadores, 2.500 caballos, 30 piezas de sitio, y 50 de campaña.



Bernabé, patrón de Chipre ¹. Había conseguido además el Pontífice que Felipe II aprontara, ya que no las 100 galeras que le había pedido por la necesidad de ocuparlas en su casa, 50 abundantemente provistas, regidas por Juan Andrea Doria con subordinación á Colonna ².

La comisión á la Goleta anteriormente referida, y la persecución de Uluch-Alí, que produjo únicamente la presa de dos galeotas, ocasionaron tardanza, por la cual no se reunieron con la escuadra pontificia en Otranto hasta el 20 de Agosto.

Recordemos que iba en ésta un soldado voluntario que se firmaba Miguel de Cervantes Saavedra.

Puestos á la vela, verificaron la unión más importante con los venecianos en el puerto de la Suda, de Candía, festejando el suceso con alegres salvas y sonatas, por más que las noticias no contribuyeran á la satisfacción. Los turcos habían desembarcado el ejército en Chipre, sitiado á Nicosia, ciudad del interior, la más importante, y avanzado los trabajos con actividad y acierto, que ponían en grave apuro á la plaza, aunque había rechazado bizarramente quince asaltos.

Celebraron los Generales Consejo de guerra, trasunto del de Mesina cuando se trataba de socorrer á Malta; aparecieron las opiniones divididas, significándose dos tendencias encontradas: la una, sostenida naturalmente por los venecianos, de buscar y acometer al enemigo, pues no para otra cosa estaban juntos; la otra, que consideraba arriesgado el viaje á Chipre, porque necesariamente habría que pelear en la mar, y prefería atacar á alguna de las posesiones del Imperio otomano y distraer de este modo á los sitiadores ³.

¹ Era la insignia de damasco rojo con un crucifijo en medio, á los lados las imágenes de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y arriba la divisa de Constantino: *In hoc signo vinces*.

² Cartas del Rey al Marqués de Santa Cruz, fechas 24 de Abril y 15 de Julio de 1570, *Dirección de Hidrografía, Colección Navarrete*, t. XL.

³ Aun entre los generales españoles hubo diversidad de pareceres. Sir W. Stirling-Maxwell, en su *Don John of Austria* (t. 1, pág. 319), expresa: «The Spanish officers were somewhat divided in opinion. Don Juan de Cardona sided with Doria; but Don Álvaro Bazán, marqués of Santa Cruz, espoused the cause of Zanne, and declared for immediately sailing for Cyprus.» Cuadra el parecer con sus antecedentes.



JUAN Andrea Doria, tenido por experimentado y cauteloso, aprobaba la determinación de encaminarse á Chipre como más honrada; pero siendo máxima suya que no conviene precipitar inconsideradamente las decisiones, pensaba ante todo que se debía examinar el estado de los bajeles en revista escrupulosa para tener certeza en el ataque.

Los venecianos, comprendiendo la significación de la propuesta, no la contradijeron en absoluto, temiendo se juzgara el armamento de sus galeras peor de lo que en realidad era; solicitaron tan sólo algunos días á fin de llamar á los bajeles que cruzaban fuera, haciendo sus arreglos de aparato. Los demás votantes, sin atender á otra cosa que al término dilatorio, lo aceptaron de buena gana.

En la muestra ó inspección pasada por los tres Generales el 11 de Septiembre, se contaron 187 galeras, 11 galeazas, un galeón y 7 naves, ó sean 206 bajeles con 1.300 cañones y 48.000 hombres: los 16.000, soldados; los 32.000, marineros y bogas ¹. Los buques venecianos estaban, como se sospechó, escasos de gente.

¹ Don C. Rosell publicó, en la obra citada, relación completa con los nombres de los buques y de los comandantes; los correspondientes á la Armada española son:

ESCUADRA DE JUAN ANDREA DORIA.

Capitana.
Patrona.
Templanza.
Doncella.
Marquesa.
Donna.
Perla.
Fortuna.
Águila.
Monarca.
Victoria.
Capitana de Ambrosio Negrón (Cuatralvo).
Patrona.
Bastardilla.
Nueva.
Patrona de Jorge Grimaldi.

ESCUADRA DE D. ÁLVARO DE BAZÁN.

Capitana.
Patrona.



Once días se gastaron en estos pormenores de escenario, aprovechados por los turcos muy de otra manera. Vista la inutilidad de los asaltos, pidió Mustafá á Piali refuerzo, que éste le envió sacando cien hombres de cada galera. Compusieron éstos un cuerpo de 20.000 infantes, que, puesto en camino de Nicosia, llegó el 8 de Septiembre. El día siguiente dieron asalto general, entrando en la plaza con ferocidad turca, el colmo de la barbarie; y antes que volvieran á los barcos estuvieron éstos cinco ó seis días (aquellos en que deliberaban y se entretenían los de la Liga) desarmados y sin defensa.

Cuando los Generales cristianos decidieron el avance hasta Caramania, estaba otra vez á punto la flota turca, y Piali, informado del movimiento, los esperaba á la vela, dis-

Marquesa.
Ventura.
Fortuna.
Bazana.
Leona.
Constancia.
Capitana de D. Alonso de Bazán (Cuatralvo).
San Juan.
San Felipe.
Victoria.
Capitana de D. Bernardino de Velasco (Cuatralvo).
San José.
Santa Catalina.
San Bartolomé.
Capitana de Estefano de Mari.
Patrona.
Capitana de Bendinello Sauli.

ESCUADRA DE D. JUAN DE CARDONA.

Capitana.
Patrona.
Vigilancia.
Cardona.
Sicilia.
San Juan.
Capitana de David Imperial.
Patrona.
Capitana de Nicolás Doria.
Patrona.



puesto á la pelea, mientras se trasladaba Mustafá con tropa y material al asedio en Famagusta.

Fondeados en Castel-Rosso, llegó á los coligados la noticia dolorosa. ¿Qué hacer? Otra vez en Consejo, más que la primera se tocó en el imposible: agobiados los ánimos, hubo reconvenciones y palabras descompuestas, en que se traslucía la ruptura de la Liga por encima de la conclusión de la jornada. Doria desconoció la autoridad del General nombrado por el Papa, y aun la esencia de las instrucciones que había recibido, manifestando decisión de regresar á Sicilia; si accedió á la petición de prolongar siquiera su permanencia hasta fin de mes, hizo capítulo de culpa y agravio de que sin avisarle dieran la vela para la isla de Scarpanto las otras escuadras, proclamando que se hacían autoras de la defección que le achacaban. Partieron, no obstante, con acuerdo de mantener la conserva hasta llegar á la altura de Candía por lo que pudiera ocurrir, no siendo culpa de los Generales que, en vez de conservarla, se dispersaron en la proximidad de Rodas forzados por temporal. Una galera veneciana se abrió durante la tormenta, sumergiéndose con toda la gente; dos pontificias sufrieran graves averías; otras trece de Venecia se perdieron en diferentes puntos de las islas. Cambiadas en el puerto de Candía las visitas de despedida con los generales Colonna y Zanne, hizo Doria rumbo á Sicilia el 5 de Octubre.

Así acabó la campaña de 1570, de la cual, con más razón que la de Prevesa en tiempo del Emperador, dirían las gentes: «¿Para esto se juntaron 200 naves de cristianos?»

Culparon en Italia á Juan Andrea, suponiéndole causante de la ineficacia de tan grande armamento: la opinión pública le condenaba, propalando «que no hizo ni dejó hacer», satisfaciéndose su vanidad con dar lecciones de organización y de marinería á todo el mundo, estimándose maestro. El Papa y el Gobierno veneciano, influidos por los informes de sus Generales, se dejaban llevar de la corriente, haciendo al Almirante de España responsable único de las ocurrencias; y tal llegó á ser la atmósfera, como hoy se dice, que el intere-



sado se creyó en la necesidad de vindicar su proceder ante el Pontífice, ante el Rey y ante el público, con escritos á todas partes enviados ¹, dedicando especialmente uno al Capitán general de la Liga, Marco Antonio Colonna ².

En España fué amparado por los escritores contemporáneos, visto que, si al Rey no mereció aprobación la conducta, no la desaprobó tampoco. Haciales mucha fuerza el estado en que apareció la escuadra veneciana, armamento engañoso, de parada, que hizo exclamar á Juan Andrea, hablando en confianza con D. Alvaro de Bazán y D. Juan de Cardona, después de la revista de inspección: «¿Qué se promete esta gente de sus galeras, desarmadas la mayor parte, y de sus soldados, con quienes acabaría de un soplo un viento de tramontana?» Recuérdese que estaban atacados de epidemia ³. Presumían los historiadores dichos que trataban los venecianos, según su tradicional costumbre y frase vulgar, de que pagara el Rey católico los vidrios rotos, esto es, que, llegado el momento de combatir, se hubieran encontrado sus galeras solas entre las turcas.

Modernamente se han discutido estos juicios, aun por los que hubieran deseado que la jornada sirviera de algo más que de comprobación de los inconvenientes en las coaliciones ⁴.

¹ Dos de estos documentos publicó D. Cayetano Rosell por apéndice de su *Historia del combate naval de Lepanto*, págs. 171 y 175, á saber: *Parere dil Sr. Gio. Andrea Doria intorno al soccorso di Cipro*, firmado en la isla de Candia á 16 de Septiembre de 1570, y *Giustificazione dil Sr. Gio. Andrea Doria di tutte l'attioni sue di quel tempo che si uni con l'armata papale et venetiana per il soccorso di Cipro*.

² No lo conoció el Sr. Rosell: hállase en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, t. 3, fol. 29, con título *Giustificazione dil Sr. Giovanni Andrea Doria circa il successo del armata, la quali narra da chi sia mancato chi no sia andato ad asaltari il Turco a Cipro. Indiritta al Sr. Marcantonio Colonna*.

³ Casi 40.000 hombres murieron sobre sus bajeles de peste (escribe Cabrera de Córdoba), que si combatieran no muriera la cuarta parte.

⁴ Justifica los actos de Juan Andrea, D. Cayetano Rosell, en la obra citada; los explica el Teniente general italiano Antonio Veroggio en un trabajo interesante, *Giannandrea Doria alla bataglia de Lepanto*, Génova, 1886, que es apología. Sir W. Stirling-Maxwell, conociendo la opinión fundada de los venecianos respecto á Doria, «that his real motive was unwillingnes to risk his own twelvé galleys in a battle», presume, sin embargo, que obedeciera órdenes secretas. El Vicealmirante



Don Juan de Austria.





Desde luego es de admitir que Doria hubiera hecho con más gusto que la campaña de Chipre el viaje para el que estaba aderezando su galera Capitana antes de deferir á la petición de Pío V. Habíanse firmado las capitulaciones matrimoniales del rey D. Felipe II con su sobrina Ana María, hija del emperador Maximiliano, y convenido que viniera la desposada camino de Italia, á embarcarse en Génova. Como fué necesario variar el plan por ocupación de las escuadras del Mediterráneo, se reunió en Flesinga una de naos para que condujera á la Reina desde Flandes, componiéndola treinta y seis bajeles de guerra y sesenta y uno de transporte para conducir el equipo y la escolta, formada con seis banderas de la coronelía de Mondragón y tres nuevamente reclutadas.

El alojamiento de D.^a Ana de Austria se preparó en la nao *San Felipe*, donde tenía arbolada la insignia de Almirante Enrique de Hennin, Conde de Boussu; y embarcada el 25 de Septiembre de 1570, dió la vela con buen tiempo ¹. Al llegar sobre Dover salieron al encuentro diez naves inglesas muy bien dispuestas, que hicieron salva de artillería, manifestando el almirante Howard tener orden de su Soberana para escoltar á la de España mientras navegara por las costas británicas, como lo hizo, repitiendo la salva al despedirse.

Doña Ana desembarcó en Santander, aclamada por el pueblo, y hasta Segovia la acompañó el Almirante, no tan afortunado como en éste en el viaje de vuelta hacia el Norte, muy peligroso, según carta escrita por Mondragón ², confirmada con naufragio de la nao *San Miguel* en *Saint-Gilles-sur-Vie*, cerca de la Rochela, pereciendo algunos soldados.

Jurien de la Gravière, menos tolerante, deseando que la influencia de Doria hubiera inclinado las opiniones á la batalla, se pregunta: «¿Para qué sirve la ciencia militar, no sirviendo para vencer?» De mí sé decir que la conducta de Juan Andrea me recuerda al hombre de los Gelves, que fué siempre el mismo.

¹ Fernández Duro, *Viajes regios*.—El rey D. Felipe mantuvo el cargo de Almirante de Flandes, existente desde el reinado anterior, confiriéndolo á grandes señores del país.

² *Colec. de doc. inéditos para la Historia de España*, t. xxxv, pág. 402.

